

## HACIA LA SOLIDARIDAD POR NECESIDAD (DIVAGACIONES POSIBILISTAS POSIBLEMENTE UTOPICAS)

**La solidaridad es también una exigencia de la razón. Suicida sería perder la solidaridad como instinto de supervivencia de la especie.**

Por J. A. Moreno

**1.** Quizás el más puro y hondo sentido de la solidaridad es aquél que hace referencia a su carácter en cierta forma "misterioso", porque responde al misterio de la insondable bondad humana. Gratuito, por tanto, en ese sentido que hace dar sin esperar nada a cambio, que está fuera, en consecuencia, del universo económico.

2. Pero no es ésta la única acepción posible de la solidaridad. Junto a ella existe otra solidaridad quizás menos filantrópica, de nivel inferior y más prosaico, pero probablemente más significativa en términos políticos. Se trata de la solidaridad basada en la comprensión del interés común, la que sirve de base a toda cooperación: una solidaridad "necesaria", porque se basa en la necesidad de colaborar con el otro para satisfacer las necesidades propias, ayudándole así a satisfacer las suyas. Una solidaridad que podría tildarse de "egoísta", en cuanto que reposa en la persecución del propio interés; pero se trata de un egoísmo ilustrado, porque presupone la concepción del interés a largo plazo, en términos globales, entendiendo que sólo puede conseguirse si se logra al tiempo para todos los que rodean al sujeto. Un egoísmo, por tanto, inteligente, no depredador, que sólo alcanza sus fines colaborando al bienestar común.

3. Es ésta, de otro lado, una concepción de la solidaridad, como se apuntaba, más significativa políticamente, en cuanto que es la única explicable en términos racionales -la gratuita responde a otra lógica-, la única sobre la que puede argumentarse en términos materiales su interés para la comunidad. La única, en este sentido, que puede servir de fermento movilizador para políticas encaminadas a formas de convivencia distintas a las dominantes. Por otra parte, y al cimentarse en el interés mútuo, es la única acepción de la solidaridad fundamentable en términos económicos. Es, por eso, a la que me referiré en lo que sigue, que pretende ante todo ser una justificación económica de la necesidad inevitable de solidaridad en nuestro mundo.

4. A lo largo de la historia ha habido probablemente sólo una justificación teórica de la innecesidad de solidaridad. Una justificación, además, que ha cosechado un poderoso éxito: la teorización acerca de las virtudes del liberalismo económico radical, que coincide con el nacimiento de la Economía como ciencia. Una teorización que pretende demostrar que en un mercado libre se cumple una rara circunstancia: persiguiendo cada cual su exclusivo interés, se alcanza paradójicamente -como si todo el proceso fuera guiado por una misteriosa "mano invisible", como decía Adam Smith- el mayor bienestar común. De esta forma, al decir de Mandeville, los "vicios privados" -la avaricia, la ambición desmedida- se convierten en "públicas virtudes". Se trata, por tanto, de una fundamentación del egoísmo puro y duro, de un ataque en toda regla a la necesidad de cooperación, de una brillante apología de la insolidaridad.

5. Es ésta la razón de que las primeras justificaciones teóricas de la necesidad económica de la solidaridad provengan de los primeros críticos de la economía de libre mercado: socialistas incipientes, anarquistas, ricardianos de izquierda, etc.

Una figura destaca por encima de todos ellos en esa tarea: Karl Marx. Y lo hace precisamente por su ambición teórica: por tratar de descubrir las leyes económicas que explican -al margen de toda moral- el desenvolvimiento de la sociedad. Esas leyes serán también -para él- las que den razón de la necesidad de la solidaridad.

Marx, a este respecto, trata de huir de todo "idealismo teórico". Tratará de explicar por qué los sectores mayoritarios de la población tienen necesidad de ser solidarios: porque de esa solidaridad podrán obtener la fuerza para enfrentarse a la explotación que padecen, y de ella surgirá también la fuerza motriz que acabará impulsando la destrucción del capitalismo. Por tanto, para la solidaridad no apela a la generosidad, sino a la necesidad.

Marx reflexiona, en consecuencia, sobre la solidaridad necesaria, si bien en su concepción antropológica ésta se inscribe en una tendencia cooperadora de más alto nivel que pudiera relacionarse con la solidaridad gratuita. En efecto, Marx pensaba que el desarrollo del hombre sólo puede generarse en comunidad con la especie. Sólo por medio de la comunidad plena con la especie puede el hombre realizar toda su potencialidad: el reencuentro de su existencia con su esencia. La relación social, así, es esencial al hombre. En el hombre, dice el joven Marx, hay un innato sentimiento de necesidad del "otro hombre"; "la riqueza más grande" (Manuscritos). Aún más, llega a afirmar (6ª Tesis sobre Feuerbach) que "la esencia humana no es una abstracción que mora en el individuo particular. En su realidad, es el conjunto de relaciones sociales".

Pero es la solidaridad por interés la que importa a Marx, porque -como antes se apuntaba -es la única que tiene explicación racional y la única, por

tanto, que puede tener proyección política: es una necesidad explicable y comprensible, que puede fomentar la unión de los explotados contra sus explotadores. Es, por ello, una fuerza liberadora susceptible de ser fundamentada en términos racionales.

6. Una fuerza que Marx inscribe en su teorización sobre las clases sociales: sólo pueden, en su opinión, sentir solidaridad movilizadora en términos políticos los miembros de una misma clase. Para ello, además, hace falta que alcancen una conciencia real de su verdadera situación y de sus verdaderos intereses a largo plazo: es lo que Marx define como "conciencia de clase". Sólo con ella se alcanzará la conciencia de la necesidad de solidaridad.

En esta perspectiva, Marx entiende que la única solidaridad socialmente (globalmente) liberadora es de la clase explotada integralmente: la del proletariado, que padece la síntesis de toda alienación y que subsume la máxima explotación posible. No cabe, por ello, la solidaridad de los ricos con los pobres en una perspectiva política. El único sujeto social capaz de protagonizar una solidaridad socialmente emancipadora es el proletariado. El proletariado es, por eso, la única clase que, según Marx, cumple las condiciones revolucionarias completas. Con la conciencia de la necesidad de solidaridad proletaria (es decir, de la mayoría de población), alcanzan los trabajadores las riendas de su destino, la capacidad de construir su propia historia.

Debe recordarse, en este sentido, que esa solidaridad no es para Marx sinónimo de corporativismo. Al defender sus intereses desde un punto de vista clasista, el proletariado se convertiría en el campeón de toda la humanidad, en su liberador. Su victoria, en cuanto que victoria de la clase que soportaba la culminación de la explotación, conduciría a la anulación de toda explotación. La solidaridad proletaria se convertiría así en la llave de la libertad del ser humano.

7. Hasta aquí la concepción de Marx acerca de la solidaridad. Pero, ¿qué hace falta para que un colectivo social alcance la conciencia de la necesidad de una solidaridad de este género? Creo que, en esencia, cinco elementos, que apunto a continuación:

- A. Conciencia de escasez, de carencia de algo absolutamente básico.
- B. Conciencia de subordinación, de que esa carencia básica que se padece es una carencia impuesta por otro agente social en su beneficio.
- C. Conciencia de riesgo, de que esa subordinación la está abocando a una situación de grave peligro.
- D. Conciencia de comunidad, de cierta identidad, de compartir un sustrato común.
- E. Conciencia, finalmente, de la fuerza potencial que podría derivarse de su unidad de acción.

8. Parece indudable que nuestro mundo es sustancialmente distinto al analizado por Marx. Cabe por ello preguntarse por la validez actual de un análisis del tipo del apuntado hasta ahora. ¿Sigue teniendo vigencia y utilidad esta concepción de la solidaridad? ¿Sigue teniendo virtualidad política? ¿Sigue existiendo un sujeto solidario? ¿Permite este tipo de fundamentación la solidaridad de los sectores mayoritarios de los países ricos o relativamente acomodados con los pueblos del Tercer Mundo? Es decir, ¿sigue existiendo una necesidad compartida y básica que justifique racionalmente una solidaridad generalizada basada en el interés mutuo?

Parece posible contestar afirmativamente esta cuestión en términos del interior de cada país: son continuas las llamadas al consenso entre clases para conseguir, entre otras cosas, soportar exitosamente la cruda competencia internacional. Pero, ¿también es posible esta solidaridad entre ricos y pobres a nivel mundial, entre Norte y Sur?

9. En lo que sigue trataré de justificar mi convicción de que sí existe esta posibilidad, de que se podría dar una respuesta positiva a los cinco prerrequisitos antes citados para el surgimiento del sentimiento de necesidad de solidaridad.

A. Existe una indudable carencia generalizada de necesidades fundamentales, muchas diferentes según las zonas, pero otras compartidas a nivel mundial: seguridad, autonomía, capacidad de satisfacer las necesidades que la sociedad genera, sentido de la vida, etc.

B. Existe también una clara subordinación general frente a un agente dominante común; un agente que, en un contexto de economía internacionalizada, puede utilizar elementos de explotación diferentes según las zonas, pero que actúa movido por un único interés, manipulando al conjunto de la humanidad.

C. Más evidente y generalizada parece aún la existencia de riesgos determinantes:

1. De destrucción ambiental y de amenaza consiguiente para la propia posibilidad de vida sobre el Planeta.

2. De superación de la capacidad -física y social- para soportar el crecimiento de la población mundial.

3. De ruptura del inestable equilibrio de la economía mundial por la pobreza del Tercer Mundo, que puede acarrear una crisis global.

4. De destrucción bélica.

5. De destrucción de la autonomía moral del ser humano.

Son todos fenómenos producidos por un estilo de vida que, como ha escrito Carlos Parés, parece dominado por la lógica de una razón tanática, destructiva. El modo de producción dominante tiene, al decir de R. Bahro, un "carácter exterminista global", que "actúa contra la naturaleza humana en toda la escala de valores, desde los ideales más altos de autorrealización hasta la mera supervivencia"<sup>1</sup>.

D. Podría surgir, por todo ello, un mucho más firme y global sentimiento de comunidad: por la interrelación cada vez más estrecha de la economía mundial, por el generalizado estado de subordinación y explotación, por la globalización de las cuestiones, por la imbricación de sus efectos en todas las zonas. Como apunta Inga Thorsson, "la relación entre estos problemas generales implica que, en tanto en cuanto sigan sin resolver, se reforzarán mutuamente uno a otro, aumentando con ello sus efectos negativos sobre nuestro futuro"<sup>2</sup>. Es la primera vez -escribe Lourdes Arizpe- en la historia en que el conjunto del mundo está siendo afectado simultáneamente<sup>3</sup>. La globalidad de los problemas supone una amenaza real para la supervivencia colectiva.

E. Si se llegase a ese mayor sentimiento de comunidad global, podría surgir también la conciencia de la fuerza potencial de la solidaridad que hoy ya se sospecha. Porque, indudablemente, esos problemas globales "... nunca podrán ser solucionados mediante la confrontación y el conflicto, sólo mediante el compromiso y la cooperación. Hasta que todos los pueblos del mundo se sientan seguros en sus vidas cotidianas, no habrá seguridad para nadie. De esta forma, la necesidad de seguridad se convierte en una cuestión mundial"<sup>4</sup>. Frente a la irracionalidad general del sistema dominante, sólo se puede luchar mediante la racionalidad de soluciones compartidas mayoritariamente.

10. Podrían existir, por tanto, sólidos fundamentos para una nueva e imprescindible "visión global" basada en la solidaridad que exige el interés común de lo que Barbara Ward llamó el "navío espacial Tierra". Pero se hace urgente para ello un replanteamiento general del sistema de convivencia, de forma tal que pueda avanzarse hacia un nuevo orden mundial racional a través de un desarrollo sostenible y más equitativo, pensando en términos de las necesidades más acuciantes y del señalado interés común y cimentado en un nuevo concepto de seguridad.

Para ello es precisa, ante todo, una comprensión mayoritaria efectiva -es decir, verdaderamente sentida, movilizadora- de esa estrecha interdependencia que nos vincula y condiciona. Es urgente esa conciencia global que ahora

<sup>1</sup> R. BAHRO, *Cambio de sentido*, HOAC, Madrid 1986.

<sup>2</sup> I. THORSSON, "¿Supervivencia humana? La carrera armamentista y la destrucción ambiental", *Desarrollo* n.º 14, Madrid 1989.

<sup>3</sup> L. Arizpe, "Las raíces socio culturales del desarrollo", *Acontecimiento* n.º 17; Madrid, junio de 1990.

<sup>4</sup> I. THORSSON, op. cit.

todavía nos falta; aún -como ha escrito el poeta danés Piet Hein- "somos ciudadanos globales con almas tribales". O, como indica I. Thorsson, "se ha internacionalizado nuestra existencia, pero no nuestra acción política".

Y ése es, quizás, el riesgo más grave que nos acecha: somos como niños inconscientes de que nuestros actos pueden provocar consecuencias insospechadas para el resto de la humanidad. No tenemos conciencia ni de la fuerza ni de los condicionantes de nuestra situación de interdependencia. Y no somos solidarios porque no somos conscientes.

Sigue, por tanto, vigente la convicción de Marx de que sólo es posible la cooperación -en términos generales- si contribuye al interés de los cooperantes. Y que sólo sabiendo discernir el propio interés es posible una cooperación lúcida y eficaz. Y sólo así, finalmente, será posible superar los retos básicos de nuestro tiempo. Como escribiera hace ya años E. Fromm, la única vía para la construcción de una sociedad sana consiste en "avanzar hacia una comunidad "...cuyos miembros han desarrollado su razón hasta un grado de objetividad que les permite verse a sí mismos, a los otros, a la naturaleza, en su verdadera realidad, y no deformados... Una sociedad cuyos miembros han llegado a un grado de independencia en que conocen la diferencia entre el bien y el mal, en que eligen por sí mismos..." Una sociedad sana es una sociedad consciente.

11. Cabe añadir que esta imperiosa necesidad de conciencia -como recientemente ha recordado E. Laszlo- sólo puede resultar suficientemente beneficiosa si se extiende con rapidez a sectores muy amplios de la población mundial: "los efectos de la acción inteligente, la acción basada en una percepción de la dinámica del sistema mayor, esos efectos son de más largo plazo que los que resultan de una acción basada en la situación limitada que se percibe con inmediatez. Si algunas personas actúan en el nivel inteligente y otras en el nivel egoísta, a corto plazo los egoístas ganarán y la gente inteligente se verá marginada"<sup>6</sup>. Es algo que agrava nuestra amenazada situación, que hace más urgente e imperiosa la toma de conciencia. No parece, por tanto, exagerada la convicción de que la extensión de esa necesidad de conciencia solidaria global es la gran tarea de nuestro tiempo: el desafío del que depende el bienestar compartido y aún el propio mantenimiento de nuestra civilización.

12. No debiera olvidarse, por otra parte, que esta interdependencia real, aunque todavía no suficientemente sentida, es una interdependencia de clase: está cimentada -como antes apuntaba- sobre una subordinación generalizada de la inmensa mayoría de la población -tanto del Norte como del Sur- a un sector dominante común, que es el causante básico de los riesgos a los que se ve enfrentada la humanidad en su persecución inmoderada del máximo beneficio a corto plazo.

<sup>6</sup> E. FROMM, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, F.C.E. México 1956.

<sup>7</sup> "Cambiar de paradigma", entrevista con E. Laszlo, *El Independiente*, Madrid, 8 de junio de 1990.

Ahora bien, esta interdependencia de clase se basa en una concepción de las clases sociales sensiblemente diferente de la defendida por Marx: porque puede haber un factor homogeneizador de clases muy diversas, e incluso de países con niveles de desarrollo diferentes, en función del enfrentamiento común a problemas y necesidades acuciantes, que no pueden postergarse. Problemas y necesidades para cuya solución resulta imprescindible una nueva y global concepción del interés común; una nueva concepción, una nueva dimensión, de la solidaridad.

La nueva solidaridad global, por tanto, no se opone a la proletaria, sino que la absorbe en una acepción más amplia que apunta en la misma dirección. Esta nueva solidaridad planetaria sólo podría asentarse sobre una nueva conciencia de clase planetaria: una nueva clase -si es que puede denominarse así- constituida por diversos sectores sociales homogeneizados por un mínimo común denominador esencial. Descubrir y consolidar esa conciencia es la misión crucial y liberadora de la "nueva izquierda" que el mundo necesita.

Naturalmente, para ello hace falta también la existencia de un sujeto social capaz de actuar como portador e impulsor de esa nueva concepción del interés común. Un sujeto emancipador que ya no puede reducirse -como pretendía Marx- a las clases trabajadoras manuales de los países más avanzados, sino que sólo puede crecer -como ha indicado Manuel Sacristán- en torno a "aquella mayoría capaz de tomar conciencia de que es imprescindible su actuación para la supervivencia".

13. La materialización efectiva en términos políticos de esta conciencia global sólo puede alcanzarse, por tanto, a través de un nuevo consenso social, en el que participasen sectores mayoritarios de la sociedad capaces de ceder todos en una parte de su interés particular inmediato con vistas a fortalecer el interés general.

¿Es algo imposible? No tiene por qué serlo, aunque sí sea difícil. De hecho, algo semejante -un gran consenso social interclasista- se produjo en muchos países capitalistas avanzados como reacción a la gran crisis de los años 30. Frente a esa crisis, las políticas keynesianas y socialdemócratas ganaron la aceptación de las mayorías sociales prometiendo programas de inversión pública y redistribución económica que, favoreciendo a corto plazo a los sectores populares, propiciaban también una reactivación general de la economía. Puede decirse, en este sentido, que se produjo una unificación general de intereses más debida a la lógica del proceso de acumulación que a un convencimiento ideológico en torno a la conveniencia de la solidaridad.

Cierto es, desde luego, que en nuestro tiempo el consenso es más difícil, porque, como recuerdan Bowles, Gordon y Weisskopf, "no existe esa feliz

M. SACRISTAN, "Crisis ideológica e izquierda revolucionaria", *Zona Abierta*, nº21; Madrid, septiembre-octubre de 1979.

coincidencia entre los intereses materiales a corto plazo y los objetivos radicales a más largo plazo". Esto es algo que implica que las bases del nuevo consenso global "...deben ser mucho más radicales que las que pueden resolver una crisis de la demanda" del estilo de la de los años 30<sup>8</sup>. En la actualidad, la nueva visión global necesaria rebasa y trasciende la mera universalización de los países ricos: hace falta una redefinición de lo que R. Bahro llama los "intereses fundamentales de la humanidad", que necesariamente debe dar paso a un modelo alternativo de racionalidad económica.

Sólo la aceptación mayoritaria de esos intereses fundamentales -en muchos casos extraeconómicos- permitirá superar la insolidaria lógica de ese "juego de suma cero" en el que nos movemos y que inevitablemente acaba sometiendo los intereses de los grupos menos favorecidos. En esa situación, recuerdan los autores citados, "...la búsqueda -exclusiva y a nivel nacional- de los intereses de los trabajadores tenderá a sacrificar a los menos protegidos, ya sean mujeres, grupos minoritarios raciales, trabajadores extranjeros (bien inmigrantes, bien productores de bienes importados), ya futuras generaciones (que pagarán los intentos de reanudar el crecimiento económico a la manera capitalista mediante una aceleración de la destrucción del medio ambiente)"<sup>9</sup>.

Como explica R. Bahro, los tradicionales intereses económicos de clase de los trabajadores del mundo rico son intereses pascos y de corto plazo. Contemplados en una visión excluyente, están en contradicción con los intereses de largo alcance de la humanidad. Al tratarse de intereses exclusivamente económicos y de corto plazo, se enfrentan a los intereses de los pueblos del Tercer Mundo, a los intereses globales de la humanidad (medio ambiente, crecimiento militarista) y al propio desarrollo integral del individuo, frenado -como un exceso de calcio frena el crecimiento del niño- por un sobredimensionamiento del nivel económico.

14. Se trata de un consenso, por tanto, que sólo puede plantearse a nivel mundial. Y la única estrategia posible para ello desde nuestras sociedades relativamente ricas es consolidar movimientos sociales que defiendan la prioridad de avanzar hacia esos "intereses fundamentales" a través de una profundización democrática de doble alcance:

#### A) A nivel internacional.

Porque sólo se logrará un reparto verdadero de la riqueza, los recursos y los frutos y costes del progreso si todos los países del Planeta pueden participar libre y equitativamente en estas decisiones. Sólo avanzando hacia instituciones supranacionales democráticas se conseguirá revertir la polarización

económica y social y sólo así los pobres de la Tierra consentirán en luchar por objetivos compartidos con los países ricos.

#### B) A nivel nacional.

Los grandes poderes económicos intensifican en su propio beneficio los comportamientos y valores nocivos a largo plazo: obstaculizan la persecución de los "intereses fundamentales", extendiendo e inculcando el virus de la ambición, del consumismo, del despilvarro, del éxito.

Sólo mediante la profundización democrática podrán los sectores mayoritarios recortar la capacidad de influencia de esos grandes poderes económicos, abriendo ámbitos de libertad que posibilitarán una expansión de la autonomía y de la consciencia.

Por otro lado, sólo mediante un proceso intensificador de la democracia podrán las mayorías de cada país incrementar su nivel de conciencia global. Porque sólo la libre participación en cada decisión socialmente significativa permite la reflexión activa sobre los efectos de esa decisión. Sólo intensificando y densificando el diálogo es posible intensificar y densificar la conciencia. La democracia, en este sentido, puede desempeñar el papel de una suerte de psicoanálisis colectivo. Un psicoanálisis que -como explicaba Freud- no es sino el ejercicio sistemático de autorreflexión que posibilita un mejor conocimiento de uno mismo: de las posibilidades y de las limitaciones. Sólo a través de ese psicoanálisis colectivo que es la democracia puede la sociedad tomar conciencia real de los peligros a los que ahogan un modelo de vida y un estilo de bienestar que supeditan el interés general a largo plazo en función de la ambición del pequeño interés individual inmediato.

15. Sólo subordinando ese interés mezquino a la lógica superior de la supervivencia será posible evitar los riesgos a que estamos enfrentados. Esa es la única lógica posible. Una lógica que se basa en la razón, en la sabiduría, y que exige necesariamente la solidaridad, tanto entre sectores sociales y entre países como con las generaciones futuras. Una lógica que presupone mayor equidad y mayor ponderación en el uso de los recursos y que, en consecuencia, requiere de una fuerza social que la impulse, que tiene una evidente dimensión política y que inevitablemente conducirá a un enfrentamiento político con los insolidarios.

Si cabe depositar una cierta esperanza en que esa lógica prevalezca es sólo porque la especie humana, aunque no siempre ni habitualmente actúe razonablemente, está dotada de razón y sabe determinar y perseguir sus verdaderos intereses.

<sup>8</sup> J. BOWLES, D.M. Gordon y T.E. Weisskopf, *La economía del despilvarro*, Alianza Universidad; Madrid, 1989.

<sup>9</sup> *Ibidem*.